

LIBROS

El control de la escuela

Al final de uno de los trabajos que componen su *Educación y lucha de clases* (1), cuenta Anibal Ponce del tirano argentino Juan Manuel de Rosas que la desconfianza que le inspiraban a éste las escuelas, en las que veía peligrosos semilleros de subversión, le hizo colocar al frente de la enseñanza primaria nada menos que a su jefe de Policía. Es una reacción equiparable a la de un Pinochet nombrando a generales de su confianza como rectores de las Universidades chilenas. La razón es clara: controlar la escuela es asegurarse el control del Estado y sus aparatos ideológicos. De ahí el revuelo que se origina cada vez que alguien osa poner en tela de juicio el "statu quo" en materia educativa.

Lo estamos viendo aquí y ahora con la exigencia cada vez más descarada por parte de ciertos grupos de presión religiosos de eso que llaman eufemísticamente "libertad de enseñanza", y que no es, de hecho, sino el mantenimiento de las ventajas acumuladas a lo largo de siglos de exclusividad ideológica, intensificadas durante los cuarenta años de dictadura.

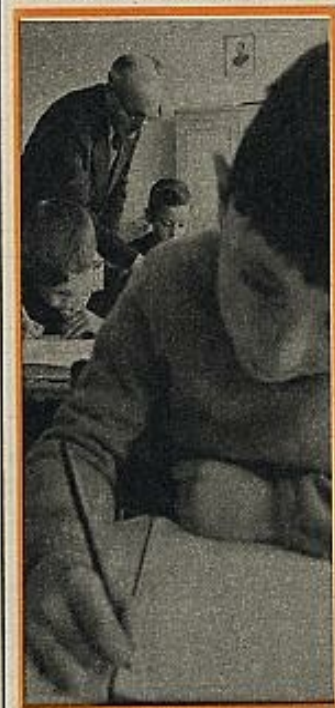
Esta relación entre educación y lucha de clases no es, por supuesto, ninguna novedad. No hay más que mirar hacia atrás, como hace Anibal Ponce en los trabajos citados, en los que pasa revista con jugosa erudición y desde una óptica estrictamente marxista a las reformas y revoluciones que en ese campo se han sucedido desde la aparición misma de la sociedad de clases.

Verdaderas revoluciones, señala el autor, sólo ha habido dos: la primera la constituye el paso de la educación como función espontánea a la vez que difusa del conjunto de la comunidad a su asunción, como tarea especializada, por parte de un grupo privilegiado, poseedor de conocimientos de tipo organizativo o de índole mágica y exento en cualquier caso del trabajo material a que debía entregarse el resto de la comunidad.

Hasta la segunda revolución, que tiene lugar cuando la burguesía se libra definitivamente del feudalismo, en el siglo

XVIII, sólo cabe hablar, según Ponce, de reformas profundas. Reformas que han seguido siempre a transformaciones económicas como la que se produjo en Atenas cuando la nueva clase de los comerciantes, armadores, etc., sustituyó a la hasta entonces hegemónica de los terratenientes. O cuando, en Roma, los esclavos liberados y los pequeños propietarios arruinados comenzaron a dedicarse al comercio y a la industria. Las necesidades de las nuevas clases hicieron que surgiese un nuevo tipo de educación volcado hacia lo práctico en lugar de hacia lo teórico-especulativo.

En el Imperio romano se oficializará progresivamente la enseñanza pública, hasta el punto



de que serán las ciudades quienes nombren a los profesores a partir de la llegada de los Antoninos. Más tarde, Juliano se reservará incluso el derecho a confirmar esos nombramientos. Seguirán a lo largo del Medioevo reformas tan fundamentales como la creación de las "Universidades de maestros y estudiantes", que asegurarán a la incipiente burguesía el dominio del foro y de la burocracia. A su vez, el Renacimiento propondrá el modelo ideal del hombre nuevo, capaz de dedicarse con igual fortuna a los negocios bancarios que a la diplomacia o la guerra. Ni que decir tiene que será ése el hombre de una clase que tardará todavía un par de siglos en conquistar su definitiva hegemonía política.

El XVIII será el siglo de los grandes ideólogos ilustrados y los grandes pedagogos de la

burguesía: Rousseau defenderá en su *Emilio* un tipo de educación egoísta propia del individualismo de la clase a la que tan extraordinariamente representa; Condorcet propugnará la libertad de enseñanza frente a la intervención estatal hasta el momento mismo en que la burguesía revolucionaria tome efectivamente el poder. A partir de entonces se declarará partidario de esa misma intervención que antes repudiaba. Pestalozzi, el pedagogo por excelencia, es un conformista para quien el orden social es obra del Ser Supremo, por lo que defenderá una educación reformista ajustada a las necesidades diversas de cada grupo social.

Así llega Ponce en su ágil recorrido por la Historia hasta las técnicas "racionalizadoras" de comienzos de este siglo —las de Binet o Montessori—, que marcan el abandono del estricto individualismo de los sistemas anteriores en beneficio de una cierta socialización o trabajo en común, en el que el autor encuentra un paralelo con la propia organización del trabajo en la moderna fábrica. Corriente "metodológica" esta última que coexiste con la que el propio Ponce llama "doctrinaria", según la cual la escuela sería una especie de esfera autónoma donde "el espíritu vive en la plenitud de su libertad" (Giovanni Gentile, apologista del fascismo italiano). Como si hubiese alguna esfera de la vida social que no estuviese atravesada por los conflictos y antagonismos de clase. Como si la escuela no fuese precisamente el ámbito privilegiado donde la clase hegemónica primero trata de neutralizar las aspiraciones de quienes pugnan por sustituirla. El gesto del tirano argentino tenía al menos la ventaja de su transparencia. ■ JOAQUÍN RABAGO.

El terror como fantasía

La proximidad en su fecha de publicación en castellano y el pertenecer a una colección de la misma editorial reúne dos novelas publicadas con casi sesenta años de diferencia, pero con el común denominador de la fantasía terrorífica como telón de fondo de sus relatos. Es necesario aclarar lo que entendemos por este discutido término. Con el crítico Louis Vax, lo fantástico "se deleita en presentarnos a hombres como nosotros, situados súbitamente en presencia de lo inexplicable, pero dentro de nuestro mundo real"; a diferencia de lo *feérico*,

donde el entorno donde tiene lugar la acción está totalmente fuera de la realidad y en el que, en consecuencia, cualquier cosa, por imposible que sea, puede ocurrir sin leyes ni explicaciones de ninguna clase. Roger Caillois afina aún más la definición de Vax, manifestando que "el marco de lo fantástico no es el bosque encantado de 'La bella durmiente del bosque', sino el opaco universo administrativo de la sociedad contemporánea. Traspuesto a la Edad Media o a la antigüedad, un relato fantástico perdería su poder. Es que allí lo sobrenatural es, si puedo decirlo, más natural".

Ambas novelas, pues, reúnen esas dos condiciones: relatan el choque de hombres normales contra lo insólito —como quería Vax— y transcurren en el preciso mundo actual, como quiere Caillois. Un elemento más: la presencia imposible que entra en sus vidas es patente o solapadamente hostil y amenazadora. Y aquí ya entramos en lo terrorífico o, para hablar en terminología lovecraftiana, en el universo de lo "numinoso".

Swift, como tentación, para empezar. Ese gran pesimista y amargo crítico de la sociedad de su tiempo que fue Jonathan Swift, aquel tory bajo Walpole que quería "atormentar al mundo y no divertirlo", no ha dejado de ser imitado y seguido durante los últimos dos siglos y medio. Probablemente el más reciente de estos homenajes sea esta novela de John Christopher (1), en la que quizá no sea casual que su acción transcurra en Irlanda, patria de Swift, y objeto de una apasionada defensa a lo largo de muchos de sus escritos. Una vez más, un cosmopolita grupo de buenos burgueses se enfrenta con la conflictiva presencia de los *gnomos* vivientes en el marco casi gótico de un viejo caserón perdido en los brezales de Irlanda.

Este inesperado viaje a Lilliput plantea una serie tal de problemas —desde la agresividad de la raza humana a su incapacidad para la tolerancia— que, también como en el caso de la obra de Swift, convierte casi en filosófico y político el relato de lo fantástico. Porque a Christopher le gusta jugar limpio, y si le gusta someter a lo científico y lo racional a la prueba de fuego de la fantasía, no parece sentir menor placer al probar la solidez científica de lo fantástico. Realiza así un notable malabarismo entre soluciones y destrucciones que queda inacabado al volver la última página de la novela. Todo ha quedado

(1) John Christopher: *Gente menuda* (Little people). Editorial Bruzguera-Libro Amigo, Barcelona, 1978.

(1) Edición revisada y anotada por Héctor P. Agostí. Edit. Akal, Madrid, 1978. 189 páginas. El libro apareció en 1936.

explicado, pero las hipótesis dejan una puerta suficientemente entreabierta a la más creadora imaginación y a la más fértil fantasía.

¿Dónde está el confin de la tierra? Ya nadie cree en la vieja Tule más allá de la cual acechan terribles y desconocidos monstruos marinos. Cuando William Hope Hodgson escribió —en 1908— su novela (2) pensaba, sin duda, que el "confin de la Tierra" era la frontera entre lo real y lo fantástico, entre la razón y la locura, entre lo conocido y lo ignorado, siempre temible. De nuevo, Irlanda. También una gran construcción, largo tiempo abandonada, rodeada de un exuberante y salvaje jardín envuelto en un amenazador silencio. Pronto el peligro toma forma: de la otra parte (quizá de otra dimensión) llegan horribles bestias y cercan la casa en uno de los sitios más horrendos que recuerda la literatura del género.

Todo mediano conocedor de las novelas de ficción y horror reconocerá este escalofriante asalto como el antecedente del "Soy leyenda" de Richard Matheson, y el final recordará, probablemente, a la "Spirita", de Gautier, o a la "Hermosa vampirizada", de Dumas. No obstante, Hope Hodgson, tan emparentado en su pintura de ambientes con lord Dunsany y Arthur Machen, está considerado, con razón, como uno de los antecedentes más sólidos de Lovecraft y merecedor, por derecho propio, de figurar en el gran ciclo de Cthulhu.

Nos encontramos, pues, ante dos ejemplos de novela de terror y fantasía sin la menor trampa ni cartón. Nada de parapsicología barata ni pretensiones de realidad. La imaginación creativa y un convincente estilo literario como único bagaje para la realización de una obra literaria que en ningún momento pretende ir más allá y que sabe que el lograrlo es más que suficiente.

Y de paso, una llamada de atención a la colección en que están ambas obras, que, por circunstancias que no vienen al caso, se está convirtiendo en una de las primeras series de bolsillo del país. Probablemente va a haber mucho bueno en el futuro. ■ RAMIRO CRISTOBAL.

(2) William Hope Hodgson: La casa en el confin de la Tierra (The house on the borderland). Editorial Bruguera-Libro Amigo. Barcelona, 1978.

Los verdes campos de la dulce Europa

"Tiempo de sombras", la novela de Virgilio Botella Pastor,



antiguo capitán de Intendencia de la Armada y director general de los Servicios Administrativos del Gobierno republicano en el exilio, en un nuevo intento de dar expresión literaria al drama de los exiliados españoles en Europa, una vez consumada la derrota.

Esa "muchedumbre inorgánica... dominada por el pánico", como calificó el general Vicente Rojo al alud humano que empezó a traspasar los Pirineos en la madrugada del 28 de enero de 1939, fue —hay que decirlo una vez más— humillada, menospreciada y expoliada por las autoridades francesas, que cerraron y marginaron a soldados, mujeres y niños, como si se tratara de una chusma peligrosa. Lo primero que los refugiados encontraron en Francia fue desilusión y ultraje. En vez de alojamiento y respeto, hallaron algo que no esperaban: alambradas, campos de concentración, perros, senegaleses con la bayoneta calada y policías que les trataban como si fueran delincuentes.

Durante los primeros días no hubo, en la mayoría de los campos de concentración, ni viveres ni agua potable, y los heridos no recibieron ningún cuidado. Muchos soldados españoles —como atestigua el doctor Joa-

quín d'Harcourt, jefe de Sanidad del Ejército republicano— sufrieron amputaciones innecesarias. El tifus y la disentería se cebaron en las filas de los refugiados. Algunos testimonios calculan que un diez por ciento de ellos murieron en los primeros meses debido a enfermedades provocadas por la falta de condiciones sanitarias. Muchos jefes y oficiales fueron escarneados delante de su tropa. El "vae victis!" de los franceses y el bombardeo de Guernica por los alemanes presagiaban ya lo que sería la hecatombe mundial, a punto de iniciarse.

Los españoles que tuvieron la "suerte" de escapar de las alambradas del Sur de Francia serían utilizados luego como mano de obra o como carne de cañón contra los alemanes. La mayoría de los hechos prisioneros en el frente francés pasarían a los campos de exterminio nazis, de los que muy pocos escaparon con vida.

Este siniestro destino que Europa otorgó a los republicanos vencidos constituye el trasfondo de la acción en "Tiempo de sombras", primera obra de la trilogía que sobre el destierro y la segunda guerra mundial tiene preparada el autor. La novela de Botella Pastor es, ante todo, un testimonio vehemente de

un hombre exiliado que, además, ha querido dejar su huella como escritor.

Francisco Ayala declaró en una ocasión que para el que escribe desde el exilio el pasado es la única materia conocida, experimentada y novelable, lo único capaz de ser transformado literalmente como testimonio. Esta literatura del exilio, exaltada, sincera y fragmentaria, tiene, para el país al que va dirigida, la importancia de una "memoria" colectiva, necesaria de cara a futuras generaciones. "Tiempo de sombras" —pese a su tono melodramático, en exceso filosofante y sincopado, y a la escasa profundidad de algunos caracteres— forma parte de esa novelística "obligatoria" sobre nuestro inmediato pretérito. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

Tiempo de sombras. V. Botella Pastor. Argos-Vergara.

La majestad del antropófago

Es evidente que la crítica de la sociedad industrial, entendida como algo perenne o al menos a largo plazo, comienza a tener una continuada presencia en determinados medios intelectuales. El "progreso ininterrumpido" tiene limitaciones imbricadas en su propia dinámica. En realidad, toda cultura tecnológica encuentra su techo, el cual se inicia con la autodestrucción, con la devastación del entorno habitable. Mervin Harris, presidente del Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia —que alterna sus estudios científicos con amplios vagabundeos por las islas de la costa del Maine—, ha puesto también en duda la continuidad de la sociedad industrial. No trata de entrar en la polémica inagotable de si los beneficios indudables de este tipo de sociedad —seguridad ante las enfermedades, alimentación fácil, ocio tecnificado e institucionalizado— son éticamente aceptables. La pregunta es más esquemática: ¿Son esos discutidos beneficios duraderos?

En una interesante obra (1), Marvin Harris cuestiona todos los aspectos sobresalientes de la sociedad tecnificada. La duda al modelo de sociedad es hábilmente interrelacionada a través de ingeniosos mecanismos como el canibalismo, las religiones de amor y misericordia, el vegetarianismo, el infanticidio o los costos y los beneficios de la producción. El autor se muestra

(1) Marvin Harris: Canibales y reyes, los orígenes de las culturas. Argos Vergara. Barcelona, 1978.